

DE LA AUTORA BESTSELLER DE LA SERIE CROSSFIRE

SYLVIA DAY



SOY
PARTE
DE TI

Serie Blacklist, I

booket

SYLVIA
DAY

SOY
PARTE
DE TI

Traducción de Montse Triviño



ESPASA



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *So Close*

© Sylvia Day, LLC, 2023

© por la traducción, Montse Triviño, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Micheile Henderson / Unsplash y © Eftershal / Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2025

Depósito legal: B. 18.436-2025

ISBN: 978-84-670-7953-1

Impreso en España

1

WITTE

La fiesta está concurrida y animada, y, aun así, yo solo estoy pendiente de una presencia significativa: la de la esposa de mi jefe, que lleva muerta muchos años. Manhattan resplandece en la inmensa noche que envuelve el ático de esta torre. Las nubes rozan los ventanales que van del suelo al techo: los oscurecen a ratos para luego revelar —cientos de metros más abajo— ese despliegue estigio que son Central Park y su lago. La torre chirría cuando las ráfagas de viento nocturno la sacuden suavemente, pero la música y el mar de conversaciones amortiguan ese sonido lastimero.

La tensión va aumentando entre las paredes de cristal. El aire está cargado de una electricidad peligrosa, resultado inevitable de haber confinado a varios rivales en un espacio neutral. Refrenados por el decoro y el miedo a quedar en evidencia, los adversarios se erizan pero esconden, aunque solo sea durante un rato y a regañadientes, garras y colmillos.

El evento es una recepción de gala en honor de una nueva línea de productos cosméticos. Los asistentes son lo mejorcito de la joven élite de Manhattan, el colectivo

formado por la gente más guapa y más rica. Entre ellos hay amistades legendarias y disputas tristemente famosas. Es todo un logro por parte del señor Black haber reunido en su casa a un grupo tan diverso... y tan dividido.

Como si fueran jugadores de ajedrez, los invitados han elegido las posiciones según sus necesidades. El amigo más antiguo del señor Black, Ryan Landon, se sienta en el otro extremo del espacioso salón, lejos de Gideon Cross, el socio del señor Black. Ambos hombres perpetúan una enemistad que cada uno de ellos ha heredado de su padre. Por triste que sea esa desavenencia entre los dos, no dejo de admirar la integridad de la clara aversión que se profesan.

En cambio, los principales enemigos del señor Black—sus hermanastros Ramin y Darius— tratan de desautorizarlo cada vez que se les presenta la oportunidad. Y luego está Amy, la esposa de Darius, la única mujer de la sala que no mira al señor Black. Ni siquiera una miradita furtiva.

Los espacios entre estos jugadores clave los llenan varios personajes de la telerrealidad, además de *influencers*, modelos y músicos. En los relucientes vestidos y los amplios ventanales se reflejan destellos de luz cada vez que los móviles capturan una cantidad aparentemente infinita de selfis que luego se compartirán con millones de seguidores. Son muchas las empresas que pagan cifras exorbitantes por esa clase de promoción fotográfica, pero no es el caso de esta noche. Una invitación al ático es todo un triunfo social, como también lo es estar cerca de Cross y su esposa, Eva, al parecer la pareja más popular del mundo si debemos guiarnos por la cobertura mediática.

Echo un vistazo al salón y me aseguro de que los camareros están presentes, pero sin hacerse notar demasiado, que ofrecen canapés y cócteles mientras recogen los vasos usados de cristal de Baccarat y las bandejas de porcelana de Limoges.

Las superficies de plata de las mesas de madera de granadillo están decoradas con extravagantes ramos de lirios negros, que aportan textura y glamur, pero no color ni fragancia. La música, actual y efervescente, flota en la sala. El cantante está presente, apoyado en una pared con el brazo en torno a la cintura de una mujer y los labios pegados a su mandíbula. Tiene la mirada clavada en el señor Black, pero la desvía hacia mí justo cuando el *smartwatch* que llevo en la muñeca vibra para anunciar la llegada de nuevos invitados.

Me dirijo al vestíbulo.

En cuanto veo entrar por la puerta a la mujer esbelta y morena, caminando con elegancia sobre sus zapatos negro limusina, sé que mi jefe la va a seducir. Llega cogida del brazo de un atractivo caballero, pero eso es irrelevante; sucumbiré a sus encantos. Todas sucumben.

La mujer se parece a la difunta señora Black: pelo negro, labios carmesí. Una belleza, sí, pero en el fondo solo una pálida imitación de la mujer inmortalizada en el retrato que atesora el señor Black. Todas lo son.

Los saludo a ambos con una inclinación de cabeza y me ofrezco a coger el chal que lleva la mujer, pero me contengo al ver que es su atento acompañante quien la ayuda.

—Gracias —dice ella cuando su compañero me entrega el vaporoso chal.

Me ha hablado a mí, pero el señor Black ya ha cautivado su atención y lo está mirando a él. Pese a haberse retirado deliberadamente a un rincón de la sala, es tan alto que resulta imposible ignorar su presencia. Su energía es un fuego desatado que solo consigue controlar gracias a una asombrosa fuerza de voluntad. Es un hombre que hace gala de una austera economía de movimientos y, sin embargo, transmite una sensación de frenesí. Me doy cuenta del esfuerzo que hace la recién llegada para apartar la mirada de él y concentrarse en el ambiente festivo.

Rosana, la hermana del señor Black, asume la posición de mando junto a los ventanales. Es alta, una belleza morena que esta noche luce un vestido de pedrería azul turquesa. La reluciente melena de color caoba le cae sobre los hombros, en un sorprendente contraste con el pelo rubio platino de la menuda y voluptuosa Eva Cross, que está a su lado con un elegante vestido de seda en tono rubor. Eva y Rosana son las embajadoras de esta nueva aventura empresarial; pese a ser muy distintas entre sí, las dos son habituales de la prensa del corazón y las redes sociales.

Miro al señor Black, vigilando su reacción ante la recién llegada. Veo lo que ya esperaba: una mirada de concentración. Aprieta la mandíbula mientras la observa atentamente. Las señales son sutiles, pero capto su tremenda decepción y la consiguiente oleada de reproches.

Durante un momento ha deseado que fuera ella. Lily. Una mujer cuya exquisita belleza está inmortalizada en una única imagen que cuelga en sus aposentos privados, pero cuyo profundo significado acecha en toda la casa y persigue a su propietario. Que siga buscándola en cada mujer resulta desgarrador.

Lily ya no estaba en la vida del señor Black cuando él contrató mis servicios, así que solo la conocí de forma póstuma. Aun así, el puesto que ocupó en esta casa me permite enterarme de muchas cosas. Que era increíblemente encantadora es algo que todo el mundo sabe; son muchos los que dicen que sigue siendo la mujer más hermosa que han conocido en su vida. Aunque su nombre evoca la delicadeza y fragilidad de los lirios, quienes la conocían la definen como independiente, lista y audaz. Se la recuerda como una mujer generosa y alentadora, divertida y profundamente interesada por los demás, una cualidad que, a mi entender, es mucho más positiva que el simple hecho de ser interesante.

Durante algún tiempo solo tuve esas escasas impresiones y opiniones, hasta una noche atormentada en que el señor Black, enloquecido y ebrio, ya no pudo contener el rabioso dolor que lo devoraba por dentro. Solo entonces comprendí el extraordinario poder que ella sigue ejerciendo sobre él: lo percibo cuando contemplo el inmenso retrato de Lily que preside la pared de enfrente de su cama.

En esa habitación, la imagen de Lily es el único toque de color, pero eso no es lo que hace que la fotografía resulte tan sorprendente: es la mirada decidida y febril de sus ojos.

Fuera quien fuese Lily, su amor por Kane Black los consumió a ambos. Y, todavía hoy, esa obsesión sigue siendo el elemento más peligroso en la vida del señor Black.

Observo como la nueva invitada se abre paso entre los presentes y se aleja de su acompañante para acercarse al señor Black. Resplandece como el fuego con su ves-

tido de color carmesí, pero en realidad ella es la polilla y él la llama.

Una conocida revista declaró no hace mucho que el señor Black es uno de los hombres más sexis del planeta. Aún no ha cumplido los treinta y tres años y ya es lo bastante rico como para tener a su servicio a alguien como yo, un mayordomo de séptima generación y ascendencia británica, con la formación necesaria para manejar cualquier situación, desde la más mundana hasta la crisis más grave. El señor Black es distante e inescrutable y, sin embargo, las mujeres se sienten atraídas por él y hacen caso omiso a su instinto de supervivencia. Por mucho que ellas se esfuercen, sigue siendo inalcanzable. Es un viudo que nunca ha dejado de estar total y absolutamente casado.

Su acompañante más habitual, la rubia esbelta que revolotea a su alrededor, resplandece engalanada con perlas y marfil. Es su madre, aunque nadie podría sospechar la relación que los une de no ser porque es de dominio público. La edad no es lo único que Aliyah esconde bien. La única pista de su verdadera naturaleza es la manicura, esas uñas largas, con moderna forma de almendra, que recuerdan a unas garras.

Cuando me alejo del armario de los abrigos, suena el estallido de una botella de champán al descorcharla. Se oye el alegre tintineo de las copas de cristal y el murmullo de las conversaciones. Sobre las baldosas de obsidiana del suelo, cuyo inmaculado reflejo parece tan líquido que inevitablemente recuerda un mar nocturno en calma, taconeán los carísimos zapatos firmados por los más famosos diseñadores. La residencia del señor Black es maximalismo en estado puro: madera oscura, piedra na-

tural, piel y cuero de la mejor calidad..., todo en los tonos más oscuros, para crear un espacio tan elegante y masculino como su dueño.

Mi hija afirma que el señor Black ha sido bendecido con un atractivo asombroso y maldecido con algo que, según ella, es aún más seductor: una fogosidad perturbadora e inquietante. El hecho de que una vez amara de forma apasionada y siga hundido en ese dolor tan íntimo ejerce una poderosa fascinación en los demás. Ese aire inalcanzable que desprende es, dice ella, irresistible.

No es un truco. Dejando a un lado sus muchas aventuras sexuales, el señor Black está comprometido en el sentido más profundo del término. El recuerdo de Lily lo vacía por dentro. No es más que la sombra de un hombre y, sin embargo, yo he llegado a quererlo como un padre quiere a un hijo.

Una mujer ríe en voz demasiado alta. Es evidente que ha bebido más de la cuenta. Y no es la única que se ha excedido. A alguien se le cae torpemente una copa de entre las manos y se hace añicos contra el suelo con el inconfundible sonido discordante de las esquirlas de cristal.

2

WITTE

—¿La ha acompañado a la salida, Witte?

Al día siguiente, temprano, el señor Black entra en la cocina vestido con un traje de ejecutivo Savile Row y una corbata perfectamente anudada; ninguna de esas prendas formaba parte de su vestuario antes de contratarme a mí. Yo lo introduje en las sutilezas de la ropa masculina hecha a medida y él se convirtió en un alumno aventajado.

Por fuera apenas reconozco ya al tosco joven que me contrató hace seis años, poco después de enviudar. Estaba tan atenazado por el dolor que mi primera tarea consistió en ocuparme de todo el que se le acercara para hacerle consultas o darle el pésame. Con el tiempo, transformó ese dolor en una férrea ambición. Eso —y su asombrosa inteligencia— resucitaron la compañía farmacéutica que su padre había llevado a la ruina tras un desfalco.

Y, contra todo pronóstico, triunfó. A lo grande.

Me vuelvo y dejo su desayuno en la isla con encimera de mármol negro, perfectamente centrado entre los cubiertos de plata que ya he preparado. Huevos, beicon, fruta fresca..., su desayuno básico.

—Sí, la señora Ferrari se ha marchado mientras usted estaba en la ducha.

Arquea una ceja oscura.

—¿Ferrari? ¿En serio?

No me sorprende que ni siquiera le preguntara su nombre, solo me entristece. La identidad de esas mujeres no significa nada; solo le recuerdan a Lily.

Nunca lo he visto demostrar verdadero afecto por ninguna mujer, a excepción de su hermana, Rosana. Es cortés con sus amantes, siempre. Atento durante la caza. Pero las aventuras están restringidas a una sola noche. Nunca ha enviado flores a ninguna amante, nunca se ha permitido coquetear con llamadas telefónicas ni tampoco ha invitado o acompañado a ninguna chica a cenar. No tengo la menor idea de cómo trata a las mujeres con las que establece una relación íntima. Es un vacío en lo que sé de él que tal vez no consiga llenar nunca.

Coge la taza de café que le he dejado delante: es obvio que ya está repasando mentalmente la agenda del día, que ya ha desterrado para siempre de sus pensamientos a la última amante. Apenas duerme y trabaja mucho. Las profundas arrugas que luce a ambos lados de la boca no son habituales en un hombre tan joven. Sí, lo he visto sonreír y a veces incluso lo he oído reír, pero esa alegría nunca se refleja en su mirada. Sufre la vida; no la vive.

Lo he animado en varias ocasiones a tomarse un tiempo para disfrutar de sus logros. Me responde siempre que disfrutará de la vida cuando esté muerto. Volver a encontrarse con Lily es su única aspiración verdadera. Todo lo demás es, simplemente, matar el tiempo.

—Anoche hizo usted un gran trabajo con la fiesta, Witte —dice con aire ausente—. Siempre hace un gran

trabajo, pero, de todos modos, no pasa nada si le digo que estoy muy contento con usted, ¿verdad?

—No. Gracias.

Lo dejo desayunando y leyendo la prensa, y me alejo por un largo pasillo cuyas paredes están revestidas de espejos a la parte privada de esta residencia que no comparte con nadie. La encantadora señora Ferrari ha pasado la noche en un dormitorio que está en el otro extremo del ático: una suite de un blanco austero, aséptico, diseñada a conciencia para que no se parezca en nada al resto de la casa. Es un espacio que a Lily no le gustaría, como si esa fuera la mejor forma de impedir que su espectro sepa lo que allí ocurre y lo presencie.

Poco después de contratarme, el señor Black compró el ático cuando la torre todavía estaba en construcción. Supervisó hasta el mínimo detalle el diseño del interior aún vacío: desde la distribución de paredes y puertas hasta la elección de los materiales. Y, sin embargo, no puedo decir que este espacio refleje su estilo personal. Eligió cada pieza de mobiliario y cada detalle sin perder de vista los gustos de su adorada Lily. No quería empezar de cero ni librarse de su recuerdo; lo único que quería era una residencia en la ciudad y se aseguró de que su difunta esposa no quedara excluida. Todos los rincones de esta casa, y prácticamente todo lo que contiene, recuerdan a Lily. Y, por eso, tengo la sensación de conocerla.

Elegante. Dramática. Sensual. Oscura, siempre oscura.

Me detengo en el umbral del dormitorio del señor Black y percibo aún en el aire la humedad de la ducha que acaba de darse. Las suites, una para él y otra para ella, ocupan un lado entero de la residencia e incluyen

amplios vestidos, cuartos de baño a juego con encimera de mármol, y una salita compartida.

Desde los pies de la ancha cama, la suite femenina ofrece vistas de Billionaires' Row y el Hudson; a la derecha se ve el Lower Manhattan. Las puertas de sol llenan de fuego la estancia de suntuoso diseño, lujosamente amueblada, y le dan un aire cálido a la decoración oceánica que yo refresco con exuberantes ramos de flores cada pocos días, tal y como dispone mi jefe. La habitación de Lily está siempre preparada, esperando a una mujer que se marchó antes de hacerla suya. El monograma LRB está grabado o bordado en casi cada objeto, como si la intención fuera asegurarle a Lily que este espacio le pertenece solo a ella. Sus prendas llenan armarios y cajones. En su baño privado tiene todo lo necesario.

Por lógica, el eco vacío de la ausencia debería empañar la belleza de esta suite. Y, sin embargo, aquí se respira una energía extraña, una versión anterior de la vida misma.

Lily sigue aquí, invisible pero presente.

En comparación, la suite principal parece austera. El señor Black duerme sobre una fina plataforma elegida especialmente para reducir cualquier posible distracción que lo aleje de la gigantesca imagen que preside la pared, justo enfrente del lugar en el que él descansa la cabeza todas las noches. Los tiradores de los cajones están decorados con flores de lis, también bordadas en sus sábanas. Nueva York se extiende como un regalo a sus pies, al otro lado de los ventanales, pero él ha colocado la cama de espaldas a las vistas y de frente a la imagen de Lily. Es un detalle representativo de la forma en que

vive su vida: indiferente al mundo, obsesionado por una mujer que se marchó hace mucho.

El señor Black termina el día con ella. Su retrato es lo último que ve y lo primero que encuentra al despertarse. A diferencia de la habitación de Lily, la de él es como un mausoleo: un espacio frío, poblado por un inquietante silencio, carente de calidez.

De espaldas a las vistas del nordeste de Central Park, la mujer cuya perfección inmortal capta toda la atención atrae mi mirada. Es una imagen íntima, sencilla. Una Lily a tamaño real tendida en una cama deshecha; tiene el pecho cubierto por una sábana blanca y los brazos esbeltos enredados en la larga melena negra. Los labios parecen hinchados después de tantos besos, las mejillas ruborizadas, los ojos entrecerrados por el deseo posesivo. En contraste con el blanco ceniza de la pared, parece una sirena que me llama con su canto de belleza, obsesión y destrucción.

Me he sorprendido a mí mismo observándola más de una vez, cautivado por su rostro perfecto y su poderosa sensualidad. Algunas mujeres atrapan a los hombres en sus telarañas por el simple hecho de existir.

Era tan joven —poco más de veinte años— y, sin embargo, causó una profunda impresión en todo el que llegó a conocerla. Y dejó a su esposo sumido en un tormento, destrozado por las dudas, la culpa, las desgarradoras preguntas..., cuyas respuestas se llevó ella a su tumba de agua.